

LELIA-ROSA

I

Fue una noche de invierno, allá en los barrancos tenebrosos del Rif, después de una jornada implacable en que españoles y berberiscos, juntos en abrazo mortal, pelearon desde el amanecer, de peña en peña, de tajo en tajo, pecho contra pecho, hasta caer el sol y cubrirse la bárbara lid de sangre y de tinieblas.

Ardían en las cumbres, con rojas y fuertes llamadas, las casuchas ruines, los aduares indómitos, los cubiles rifeños, desamparados al fin por sus salvajes moradores, caídos unos sin vida sobre la dura tierra y en fuga todos los demás, veloces por trochas y barrancos, en desatada multitud, como las olas de un torrente.

Volvían nuestros soldados, victoriosos, pero agobiados por la fatiga y la tristeza del combate, del combate sañudo y estéril, cargados también con la terrible pesadumbre de los muchos heridos y los muchos muertos; volvían las diezmadas columnas a sus fuertes, a paso de lobo en la noche, con un silencio trágico, siempre con el recelo de la emboscada traidora, del tiro cobarde en las tinieblas, del salto de tigre del moro montañés en aquellos barrancos del infierno, cuando al pasar junto a una dáchara, donde unas lenguas de fuego daban razón de una vivienda de rebeldes, salió de entre las chumberas que cercaban el desierto y abrasado cubil un agudo rumor, semejante al triste lloro de un niño.

Hicieron alto los españoles al oírle y, subiendo, no sin cautela, por la vertiente que ceñían los nopales, encontraron allí, frente a los muros en lumbres, una morita como de ocho o nueve años, sola y abandonada, presa de dolor y sollozos, retorciéndose con angustia

en la tierra, en su pobre tierra salvaje, desventurada y cruel. Uno de los jefes de la columna, un español, y como tal hidalgo y compasivo, que, al ir a la guerra, dejó en su hogar madrileño, con amante esposa, una niña de pocos años también, tomó en sus brazos a la mora y acariciándola con ternura le preguntó por qué lloraba.

Mezclando en su triste y temeroso balbucir palabras españolas y voces de su dialecto africano, hipos de miedo y llantos de profunda pena, refirió la morita cómo aquella tarde, al avanzar los nuestros, huyeron los suyos de aquella casa, que era la de su padre, para esconderse en el monte; cómo luégo, perseguidos los moros por los cristianos hallóse de repente sola, no lejos de allí, cuando ya era de noche y estaban los barrancos llenos de muertos y los riscos llenos de hogueras; contó, por fin, cómo, errante, loca de miedo y de dolor, volvió a su casa y vio que ardía, como tantas otras, y se tendió en el suelo para llorar, para morir también...

Consoló delicadamente el español a la triste rapaza, pobre y linda flor de aquellos duros peñascales, y tenniéndola en sus brazos, tal como si fuera su hija, la preguntó con dulzura:—¿Quieres venirte con nosotros? ¿Quieres venir conmigo a España? Yo tengo una niña como tú; será tu hermanita, y yo seré tu padre. En España a los niños se les trata muy bien. No llores, no temas. ¿Quieres?—¡Sí!—respondió al punto con afán.—Españoles ser buenos...—¿Cómo te llamas?—Lelia.—Pues de aquí en adelante en vez de Lelia te llamarás María, María Rosa, que es más bonito aún, y vestirás como mi nena, que se llama también María, María del Carmen, y vestirás, como ella, unos vestidos primorosos, y os compraré juguetes y dulces. ¿Quieres? Y aunque apenas entendía nada, Lelia decía a todo que sí.

Morena, tostada, chatilla y graciosa, el pelo áspero y negrísimo, grave la voz y soñolienta, los ademanes perezosos y felinos, la expresión dura y triste, parecía Lelia una de esas gitanillas del Albaicín o del Perchel, una de esas «moruchas» del Mediodía español que andan por calles y plazas moviendo *pinreles* y palillos al són de una vihuela y de una copla. Vestida con una especie de almalafa, ceñida a la cintura, blusa y calzón al mismo tiempo; los brazos y los hombros al aire; descalza de pies y piernas; con un pañuelo a modo de turbante y unos gruesos zarcillos de metal, Lelia, hija, sin duda, de moros labradores y a la par guerreros, entró con las columnas españolas en Melilla pocos días después de la tragedia de su hogar y su tribu.

Meses más tarde, al generoso amparo de su padre adoptivo, el coronel Guzmán, vestida a la española y bautizada a lo cristiano, María Rosa, la triste florecilla del Rif, se trasplantaba de sus ásperos huertos natales a los más blandos y piadosos de Castilla.

II

Nadie diría, cuando Carmen y Rosa, rubia la una como el oro, la otra morena como el cobre, las dos vestidas de igual suerte, como dos hermanas gemelas, salían a la calle del brazo, que la mocita de ojos negros, tan primorosa y gentil, con sus zapatos de charol y su gorrito de plumas, era la antigua Lelia, aquella que encontraron en la noche, sola y abandonada en los peñascales rifeños, junto a las ruinas llameantes de su indómito aduar.

Cumplidos ya los quince años, alboreaba en Rosa una mujer de brío, con hermosura un tanto áspera y agreste, pero afinada en mucho con el barniz de una celosa educación. Hablaba la niña el castellano, con un leve acento forastero, mas con soltura y gracia meri-

dionales; sabía leer y escribir con letra de monja, alta y abierta; sabía coser y bordar y todos los demás oficios de una mujer casera y hacendosa; lo único que no sabía, con ser tan niña y tan morena, era reír. Grave, adusta, melancólica, apenas alguna vez mostraba la blancura de nácar de sus finos y robustos dientes al desplegar sus labios una sonrisa fugaz. Todo el amor y la alegría y la franqueza de aquella familia tan cariñosa y tan feliz, no lograron nunca ennoblecer del todo el duro semblante de la extraña Lelia. Y aunque ella mostraba en sus palabras y acciones una absoluta lealtad, una gratitud fervorosa, no faltó quien dijera o más bien pensara algún día que Rosa tenía tan duro como el semblante el corazón....

Tierna y sensible, igual que su marido, era doña Clara, la esposa de Guzmán; dulce y alegre, Carmen, la hija única de aquel nobilísimo hogar; todos allí a porfia cumplieron su cristiana misión de rehacer la vida de aquella pobre criatura y redimirla de la barbarie de su raza, para que en vez de una hembra, condenada a la más vil esclavitud, bestezuela de carga de su feroz cabila, fuese en adelante una mujer, con decorosa y honesta libertad, una señorita cristiana y española, reina, al cabo, en un hogar culto y feliz, como el de sus generosos protectores. Y aunque Rosa no perdía ocasión de ponderar y agradecer las muchas mercedes que recibía, esmerándose en obedecer y servir a todos, ello es que en el fondo de su alma, acaso por su dureza nativa, quizá por la tragedia de su niñez, quedaba siempre algo obscuro, impenetrable y esquivo al amor y a la franqueza de las gentes.

—Eso le pasará—decía doña Clara.—Ya veréis cómo cambia con los años. Todavía está muy cerca de aquellos en que anduvo con sus padres, en que les

vio huir de *nosotros*, y desaparecer, no sabe si muertos o vivos.... No diré que nos guarde rencor, aunque ello sería, después de todo, natural, lo mismo entre moros que entre cristianos; pero es más natural aún que se acuerde alguna vez de su tierra, de su hogar, de sus padres, y que esté pensativa, triste y reservada. Los padres, por moros que sean, siempre son los padres, y la casa donde nacemos tira mucho, aunque sea una cueva de ladrones.... Pero ya veréis, yo estoy segura de que más adelante, cuando sea del todo una mujer y tenga novio y se case y, sobre todo, cuando tenga hijos, hijos cristianos y españoles, ya se le quitarán las telarañas del corazón y de los ojos....

III

Era Aben-Said un moro principal, de elegante y majestuosa traza, de imponente estatura, bronceada tez, ojos negros, muy vivos y socarrones, barba de nieve y aguileña nariz, que parecía acusar un cierto origen hebraico. Mas no era judío, sino de pura sangre bereber, famoso en la tribu de los *sidalis* por su valor y autoridad, por su mucha experiencia y sabiduría. Unas veces amigo y otras enemigo de los españoles, según el viento y la ocasión, había venido a España y se detuvo no poco en Madrid, parte por curiosidad y parte por concluir ciertas negociaciones políticas, de esas que en són de paces suelen sembrar nuevas guerras.

Amigo Aben-Said del coronel Guzmán, con quien había peleado muchas veces para reconciliarse luégo otras tantas, le vio en la corte y anduvo con él en fiestas, en teatros y paseos, invitado por el jefe español, ganoso de estrechar los vínculos, a cada paso rotos, entre los dos históricos y seculares adversarios.

Ponia grande afán el coronel en mostrar a su amigo todas las excelencias de la corte, ya que el moro las

veía entonces por primera vez; en ponerle delante de los ojos las maravillas de la civilización cristiana y europea con el propósito de que en el juicio agudo del rifeño, en su alma indómita y cruel, pero aleccionada por los libros, por la experiencia de los años, se reflejase de un modo indeleble y eficaz la noble y patente superioridad española.

Pero Aben-Said, que era hombre astuto, como todos los de su raza, muy pagado de sí, muy orgulloso de lo suyo, parcó en admiraciones por lo ajeno y más parco todavía de palabras, lo veía todo con una altiva indiferencia, con un elegante desdén, como si todo lo supiera ya y aun de puro sabido lo tuviese olvidado en los rincones de la memoria.

Desesperábase el buen español, que, precisamente por ser bueno, tenía un fondo de excesiva ingenuidad, al ver que ni calles ni edificios, ni alcázares ni museos, ni automóviles ni aeroplanos, refinamientos de la urbe, prodigios del arte, de la ciencia, de la cultura, del buen gusto, lograban arrancar un entusiasmo, una frase de admiración o de asombro, un gesto de sorpresa o, sencillamente, de natural curiosidad, al alma impenetrable y esquiva del arrogantisimo bereber.

Al buen coronel Guzmán, poco diestro en los achaques de psicológicos, sacóle al fin de sus casillas tan socarrona actitud, que fuera injuriosa y descortés a no ir siempre acompañada de una sonrisa, en lo exterior amable, pero en el fondo burlona y sutil.

—¿Qué dices? ¿qué piensas?—interrogóle un día el coronel, procurando a duras penas disimular su enojo. ¿Es que no te gusta nada de lo que ves?

—¡Oh sí, gustarme mucho tu corte!—respondió Aben-Said, acentuando la amabilidad y la sonrisa.—Gustarme mucho tu tierra, tu cielo, tu sol.... Aquí sentirme como en mi casa, entre amigos, feliz....

—Pero aquí—repuso el coronel, indignado—hay más comodidades y refinamientos que en tu casa. Digo, no negarás que esto es algo mejor....

—En todas partes—replicó el moro, inflexible, elevando los ojos al cielo—Dios es grande, bueno y poderoso....

—Dios sí. Pero los hombres no son en todas partes lo mismo. ¿No te parece, Aben-Said?

—Desde que nació el primer hombre no variar nunca su corazón: siempre ser el mismo. Lo que llamáis ciencia, cultura, refinamiento, no bastan nunca a cambiar el corazón de los hombres: todo ser trabajo inútil y fatigoso, vanidad de vanidades....

Quedóse Guzmán como de piedra al oír las razones de su infiel amigo y sin saber qué responderle, como no fuera *manu militari*, con una sonora bofetada...

—Y ya que tú querer que diga mi pensamiento, pues ser amigos de verdad y para siempre, yo estar pensando ahora cómo vivir y trabajar *vosotros* en llenar el mundo de cosas inútiles y trabajos nuevos sin alegría. ¿Ser más felices que *nosotros*? Un hombre necesitar pocas cosas: un techo amigo, un pedazo de pan, un árbol de sombra y de buen fruto, un libro bueno, una hermosa mujer, un caballo valiente, una espada.... Lo demás ser trabajo y vanidad de espíritu...., carga en los hombres y en el corazón. Aquí estar las gentes afanosas, tristes, no contentas; haber también pobres y ricos; haber muchos que aborrecer y destruir tus palacios y tus máquinas; aquí disputarse los oficios, las mujeres, y hasta el agua, el aire y el sol; aquí olvidar las amistades, los beneficios, las palabras y las honras; aquí romper juramentos, promesas y escrituras; aquí no haber paz, ni salud, ni alegría de corazón, ni tiempo de hablar los hombres con sus almas; aquí muchos no saber que Dios es grande, bueno y poderoso....

Fue menester todo el ardiente patriotismo del coronel Guzmán, toda su heroica paciencia, para no mandar a Aben-Said a....su cabila, con la cabeza rota. De tal suerte consideraba el bravo militar cómo injurioso, atrevido y humillante cuanto aquel Salomón de Berbería le dijo en sus propias barbas españolas, «nunca mesadas de moro ni de cristiano.» Limitóse, con todo, a responderle como Dios le dio a entender y conforme a su sencillo magín, más ducho en ciencia castrense, que en «vanas y ociosas filosofías...»

IV

Sabedor el moro de que su amigo el coronel tenía en su hogar a una morita cristianada, jamás hizo alusión al caso por natural reserva y por la vieja costumbre de su país y religión, que hace del hogar un sagrado en que nadie puede ni debe penetrar, ni siquiera con pensamientos pesquisidores y curiosos. Pero un día quiso el azar que el coronel y su amigo, en uno de sus paseos por la corte, tropezaran, bajo las frondas del Retiro, con doña Clara y las niñas. Hubo, al modo europeo, la consiguiente presentación, y fue una escena peregrina ver a María Rosa, mocita ya de diez y ocho abriles, frente a un moro de su país y de su casta, por vez primera al cabo de diez años de vida española y madrileña. Semejantes ambos, si no por la edad ni la figura, por el color de la tez, por la viveza y negrura de los ojos, por la expresión a veces dura, a veces socarrona del semblante, por ese *no sé qué* de las razas independientes y bravías, de los bárbaros traídos al seno de la civilización; semejantes por la sangre y quizá por el alma, pero hartamente diferentes por el vestido, por las costumbres y las ideas, por todo lo exterior y adquirido, miráronse en silencio, con igual sonrisa indescifrable, con una mirada profunda, concentrada y ardiente. A partir de aquel día, durante muchos más, anduvo María Rosa más pensativa, triste y reservada que nunca. ¿Era que reñían, acaso, allá en el fondo de su espíritu ju-

venil, combates sordos e interiores la reflexión y la sangre, la inteligencia y el instinto, la naturaleza y la educación, el pasado y el presente, las dos patrias incompatibles de la africana española? ¿O era, sencillamente, que, como a muchas mozas de su edad, la traían inquieta y desvelada su propia juventud, sus ímpetus de mujer ya en plena sazón de amores?

Lo cierto fue que, como decía doña Clara, poco a poco fueron pasando aquellas murrias y quitándosele aquellas telarañas del corazón y de los ojos. Y seguramente contribuyó a tal milagro, si no fue la causa entera y verdadera, cierto oficialito gentil, recién salido de las aulas militares de Toledo y flechado de súbito por el mirar hondo y rasgado de sus negras pupilas agarenas.

El grave y dulce amor, el gallardísimo guerrero que todo lo asalta y lo transforma, cambió, y al parecer radicalmente, la fisonomía y el carácter de María Rosa. Todo el misterio, la esquivéz, la melancolía, la dureza de rostro y corazón de sus ariscos quince años, se le volvieron, al cumplir los veinte años, en una claridad, una efusión, un júbilo que pasmaban a cuantos la conocían. Criatura más encantadora, parlera y alegre no se vio en las noches del Real, en las tardes del Ritz ni en las mañanas de Recoletos; acompañada de su novio, alférez, con ínfulas de don Juan, y como él «gallardo y calavera,» mostrábase en todas partes, dando ciento y raya a Carmencita en punto a la franqueza, al desenfado y sal de su persona.

Desde los primeros días del noviazgo manifestóse una mujer apasionada y tierna, como nacida para querer,—¡ella un tiempo tan fría y tan huraña!—para vivir y morir de amor; un temperamento africano con mezcla de exaltación y gravedad españolas. Con tales antecedentes y prodigios, ¡imagínese el golpe que sufriría en el alma cuando supo que el alférez tenía otra novia en

Santander, amén de un *lio* en Madrid, y que, al cabo, ponía pies en polvorosa, camino de las islas Canarias!

Bajo la infame brutalidad de este primer desengaño, María Rosa estuvo a punto de morir. Mejor dicho, se hubiera dejado morir de pasión y de hambre, a no valerle entonces, como antaño, la ternura de la familia de Guzmán. Revivió la joven poco a poco, gracias también a su robusta y lozanísima juventud, pero tornó, llena de asombro, de amargura y de hiel, a su pasado desvío, a su dureza y apartamiento.

Mostróse, desde aquella primera decepción, indiferente y despreciativa con los hombres, resuelta en su fuero íntimo a no escucharles jamás. Con todo, no era María Rosa, aunque cumplía desde su bautizo como muy buena cristiana, mujer nacida para el claustro sino para el amor y las pasiones de la tierra. Muerta su madre adoptiva, a la que lloró como a legítima y propia; casada su hermana Carmen, y felizmente por cierto, casóse ella también, aunque en el fondo de su alma comprendiera que no iba a ser dichosa, que llevaría siempre con la fatalidad de su naturaleza y su destino la herida mal cicatrizada del primer amor, aquél que la había despertado, brusca y entrañablemente, a los goces y a las torturas de su vida de mujer.

V

Era Gaspar, el marido de María Rosa, uno de estos vividores, sin clasificación posible, que tanto abundan en nuestra encasillada, medida y clasificada civilización; un hombre ruin, afeminado y vanidoso, lleno de presunciones y egoísmos, periodista de lance, agente de negocios turbios, político zascandil, escritorzuelo venal con humos de apostolado plebeyo, que vivía a salto de mata, sorteando el Código y ajeno a toda ley, a la de Dios y a las de los hombres. Cómo un pícaro así pudo ser

«padre de la patria,» diputado a Cortes por una villa histórica, muchas veces ilustre, y aun aspirar el muy bellaco a una gran cruz, es secreto a voces en estas sociedades tan refinadas y cultas en donde toda paradoja y sin razón tienen su asiento.

Mas cómo un pícaro tal pudo introducirse en el hogar honestísimo de los Guzmanes y rendir la esquiza de María Rosa, únicamente se explica por la mala estrella que sin duda guiaba los destinos de la infeliz. El hecho fue que se casó, que al año siguiente tuvo un hijo, un hijo que traía al mundo los estigmas vergonzosos del padre; que, por merced de Dios, a la pobre criatura se la llevaron los angelitos al cielo, y que María Rosa, injusta y atrozmente desventurada, pensó un día cruel acabar sus males con su vida.

¿Qué tiene de extraño que en tan desventurada situación se abriese en los caminos de su alma una protesta callada y obscura contra todo lo que le hacía sufrir; un sentimiento vago contra las leyes de aquella sociedad que le dio luces y educación y cultura para que mejor conociese y experimentase sus disimulados crímenes y sus ocultos dolores? ¿Qué extraño, en fin, que aquella huyera un día de su hogar, sólo en apariencia cristiano, civilizado y legítimo, en brazos de otro hombre que a lo menos la supo compadecer y libentar?

No há mucho refirieron los periódicos, pues ello es historia viva, que no cuento, el caso de una joven española, mujer de un moro principal, jefe de los *sidalis*, que en la rota de Anual salvó la vida de muchos soldados cautivos y los restituyó a sus banderas, después de ampararles y agasajarles con tierna solicitud. Aquella mujer, providencia de cautivos, era María Rosa, o mejor dicho, era Lelia, que así pagaba la merced que el coronel Guzmán le hiciera de salvarle la vida junto a los muros de su hogar en llamas. Y el jefe *sidali* era

un hijo de Aben-Said, de aquel anciano hereber de elegante y majestuosa traza, que veía con orgulloso desprecio todas las maravillas de una civilización que no sabe hacer más humanos a los hombres, más felices a las mujeres, más apacibles las costumbres, más justos los códigos, más seguras las honras, más limpias las almas.

Nadie ha sabido cómo Lelia Rosa tornó a su tierra natal, ni cómo se arrojó al vivir agreste de su raza, ni cómo pudo acostumbrarse al bárbaro régimen del aduar, señorita educada con pulcritud y refinamiento. Ni nadie supo decir, y fuera interesante saberlo, qué impulso movió a la española africana con más brío en su determinación heroica y peregrina: si la fuerza de la sangre, si lo injusto de sus tribulaciones, si el desprecio de una cultura sin alma o si todas estas cosas juntas, amén de algunas otras que se ignoren.

Lo único que parece cierto es que a Lelia Rosa no le va mal entre los bárbaros *sidalis*, o, por lo menos, no le va peor que le fue con su primer novio y su primer marido; que está mucho más interesante, guapa, graciosa y honesta, con sus ropas a la moruna que con los vestidos que usaba en la Castellana, en el Palace y en el Ritz, y que no echa de menos estos lugares ni otros algunos de la corte, ni piensa cambiar por ellos, ya nunca más en su vida, ni en siete vidas que tuviera, su nido de águilas en el Rif, su zoco, su aduar, su casa ni su huerto; porque sabe por boca de Aben-Said, que lo aprendió de Salomón, que todas las cosas de este mundo son vanidad de vanidades, trabajo y aflicción del espíritu, invenciones de los hombres para esconder su miseria, y que en todas partes, para las almas sencillas, justas y humildes, Dios es grande, bueno y omnipotente ...

RICARDO LEON